

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

LA PRENSA DE BARCELONA



La linda cupletista Raquel Meller, que pidió la llave en la corrida celebrada a beneficio de la Prensa, en Barcelona, en el momento de salir a la plaza, donde aquel público, que tanto la admira, la tribuló una gran ovación.

JUEGOS FLORALES EN SEVILLA



La reina señorita Catalina Domínguez, hija de la baronesa de Gracia Real, y su Corte de Amor, a bordo del "Pastor y Landero", en que realizaron una jira por el Guadalquivir. (Foto Barrera.)



Vicente Pastor, veroniqueando en la corrida de la Prensa de Barcelona.

(Fotos Pérez-Rozas.)

MODAS DE PRIMAVERA



La hermosa señorita Pilar Iturbe, hija de la condesa de Iturbe, es, por su gusto, su distinción y su elegancia, una de nuestras "reinas de la moda". Hela aquí, con otra señorita, ataviadas ambas con novísimos trajes de primavera.

CUIDADOS A LA INFANCIA



La Inglaterra intenta hacer fuertes a los niños desde que nacen y, al efecto, organiza, a todo de revisión y estímulo, interesantísimos concursos, con importantes premios.

LA SEMANA

Año I

27 Mayo 1916

Núm. 2

LA OFENSIVA LITERARIA

Sería caer en el más absurdo de los bizantinismos imaginables si nos empeñásemos en rehuir el tema de la guerra para entregarnos al cultivo de las cuestiones indiferentes, al estado de la conciencia mundial en estos días. Por todos nuestros sentidos, a poca permeabilidad que tengamos, se filtra el hábito de la guerra, nos envuelve aunque haya quien, insensible, aparte sus ojos del funesto tema.

Pero también hay que reconocer que la literatura de la guerra cultivada en tre nosotros ha caído, la más de ella, en deplorable monorritmia. Se carean los temas ya exprimidos, y el público entra en desvío. Cansados los lectores de ver cómo se *meten* los comentaristas con algún que otro personaje—con el Kronprinz, por ejemplo—, ya ni prueban la salsa con que sazonan algunos sus escritos para molestar, en simulacros de ofensiva literaria, a los que han tomado, en la discusión de la guerra, una posición contraria a la suya.

Y, sin embargo, queda mucho por decir y por hacer respecto de la guerra. Sería muy patriótico y, sobre todo, científico, si las plumas se apaciguasen un tanto, y los que las manejan se preocupasen de aquellos aspectos del problema internacional que afectan a España, dejando en paz a Fulano, el germanófilo, o a Zutano, el aliadófilo. Con todo ello, ganaría la cultura, y, en muchísimos casos, la buena educación.

¿Por qué los escritores, más o menos enterados de las cosas que pasan por el mundo, ya satisfecho su deseo de echar su cuarto a espadas en actos ceremoniosos o teatrales, en conferencias, banquetes, etc., no se dedican a exponer ante los españoles las enseñanzas de la guerra?

Dejando afuera de toda consideración la literatura pasional, hay que fijarse en la literatura científica que crece al calor de la batalla. Y yo, metiendo mi pluma en ella a guisa de pinzas, voy a extraer algo de lo mucho y bueno que se escribe.

Ciencia económica de la guerra, reza un libro que tengo a la vista (no importa en qué idioma), en el cual un pensador sistematiza la experiencia de la guerra desde el punto de vista económico, y traza un completo programa político.

No está mal. Veamos otro.

Las leyes económicas y la guerra. El autor es del bando opuesto al en que figura el que escribió el primer libro mencionado.

No temo por el porvenir comercial aunque se intente perturbar la corriente imperante antes de la guerra, por medio de conferencias internacionales, como la que se ha imaginado para seguir la lucha económica en los días de la paz futura. Esta es mi deducción después de haber releído atinadas páginas de literatura económica.

¿Por qué? Ante todo, porque los convenios internacionales del futuro comercio europeo no pueden excluir del intercambio a ciertos pueblos que hayan sido enemigos o sencillamente neutrales, puesto que no conseguirán pasarse sin los productos que la división del trabajo y los monopolios naturales han reservado a ciertas zonas.

¿Quién es capaz de afirmar que los países del Norte pueden prescindir de los productos del Sur y de los trópicos? ¿Cómo asegurar que sus industrias pueden vivir sin las primeras materias que les envían otras regiones?

España, por ejemplo, tiene como productos principales algunos metales, como el hierro, y productos agrícolas. ¿Podrán las naciones de Europa, como Inglaterra, Francia, Alemania, Dinamarca, etc., prescindir de ellos?

Alguien afirma que de nuestros minerales no podrán prescindir, pero sí tal vez de nuestras frutas que, como consumos de lujo, no son imprescindibles. Alto ahí. Las naranjas que ahora se consideran como un lujo en Inglaterra, en días de paz no lo son. Los consumidores a los cuales hoy no se les quiere permitir el lujo de comer naranjas a fin de evitar la salida de dinero que la importación naranjera supone, en Inglaterra buscarán la naranja al terminar la guerra.

Pero supongamos que las potencias aliadas quieran prescindir de ciertos productos agrícolas españoles. ¿Puede España encontrar otros mercados?

Los fruteros españoles saben que se notaba en los días de paz un deplazamiento del mercado de exportación nuestra hacia el continente, hacia Escandinavia, buscando el Báltico, invadiendo Rusia...

No hago sino señalar algunas cuestiones para llamar la atención hacia ellas. Y esto que yo ahora hago en materia económica, bien lo podían hacer otros escritores españoles en las materias de su respectiva predilección o competencia.

¿A cuántas observaciones se presta esa masa europea de más de trescientos millones de hombres que viven en conmoción constante, precursora de transformaciones trascendentales! Pulsar ese género de vida, recoger sus enseñanzas al mismo tiempo que nos afirmamos en nuestro viejo solar.

¿No es esto más digno y conveniente que vivir en perpetua ofensiva literaria, exprimiendo el magín para encontrar frases punzantes, remedando, en misérrima caricatura, las pasiones de los pueblos que luchan en Europa?

Vicente Gay

VALVULAS DE SEGURIDAD

El jefe del partido socialista ha rogado al ministro de la Gobernación, que haga cumplir las leyes dictadas contra las capeas, obteniendo la complaciente—para el peticionario—respuesta, de que su instancia será atendida con sumo gusto y fina voluntad. Así, pues, en suprimir las capeas están acordes lo más gubernamental del Gobierno y lo más opositor de la oposición. ¡No hay esperanza! Las capeas serán suprimidas por obra y gracia, respectivamente, del señor Ruiz Jiménez y del no menos señor Iglesias.

Y la obra es mala, y la gracia no tiene gracia ninguna. Las capeas constituyen escuelas donde aprenden los primores del arte taurino esos «fenómenos» que cautivan a las muchedumbres con su ciencia, cuando la tienen estudiada, no teórica, sino prácticamente, pues es ciencia por completo experimental. No deben suprimirse las capeas.

¿Qué objeto el jefe del partido socialista en asentimiento del ministro de la Gobernación? Ah, sí: que en las capeas hay todos los años docenas de muertos y centenares de heridos. Ya lo sé. Y porque lo sé, digo que no deben suprimirse las capeas.

Por eso, precisamente. Lo de que las capeas sirven de enseñanza a los toreros, fué dicho para poner de mi parte la afición y poder luchar frente la doble fuerza de la oposición unida al Gobierno. Lo que me mueve a protestar contra la supresión dispuesta por el Sr. Ruiz Jiménez e inspirada por el también Sr. Iglesias, son los centenares de heridos y las docenas de muertos. Sobre todo, las docenas de muertos.

No os asustéis, lectores, y dejadme que termine. Ahora parezco cruel; pero veréis pronto que soy humanitario. Humanitario, sí. Oid y os convenceréis.

Las capeas, las auténticas capeas de plazas de carros donde los mozos armados con palos y pinchos acometen a las reses en montón, encierran una cantidad de barbarie gigantesca. Por eso las organizan los más brutos de cada pueblo; actúan en ellas, entre los más brutos, los de mayor brutalidad, y de éstos, el bruto máximo y los dos o tres que en ese escalafón le siguen, son los que más cerca del toro se colocan. Con lo que, al resultar de la fiesta un muerto y dos o tres heridos, se obtiene muy buen resultado.

Así en las capeas se practica espontáneamente una especie de selección natural muy civilizadora. Son como válvula por donde logra escapar hacia cementerios y hospitales el salvajismo de la raza, que se acumula en lo apartado de los llanos y en lo recóndito de los montes. No deben prohibirse las capeas, si no, al contrario, ordenar que se celebren con la necesaria frecuencia.

Y con la precisa resultancia. Para lo que deberá multarse a los alcaldes de los pueblos en cuyas capeas no haya, por lo menos, un herido grave.

Luis de Oteyza

CONSEJO DE AMIGO

Las demasías de Bonafoux.

Haciéndonos eco de juicios respetables y poniendo en esta noticia nuestro cariño por la Prensa y nuestra admiración por Luis Bonafoux, a título de compañeros y de lectores del *Heraldo*, nos permitimos llamar la atención del colega sobre las demasías de lenguaje estampadas por Bonafoux en lugar preferente del periódico.

Tales son, y tan repetidas y tan censuradas, que ello nos revelaría de más comentario. Pero

LA FIESTA DE SAN ISIDRO, OGAÑO



Pobres, pobres, pobres... Más pobres que ricos.

como queremos siempre enjuiciar con pruebas, aun a trueque de lastimar un poco el buen gusto del lector, vamos a reproducir algún párrafo del artículo que, ha pocas noches, nos obligó a dejar el *Heraldo* para anotar la presente queja.

En este artículo y entre otras cosas aún peores, dice Bonafoux lo siguiente: «Pero este espárrago, como casi todas las legumbres británicas, tiene la propiedad de ser laxante. En las comidas con invitados, el anfitrión, si van a servirse espárragos ingleses, tiene el cuidado de advertir discretamente a los comensales el sitio más excusado del lugar». Y así por el estilo. ¡Hombre, por Dios! Una cosa es la libertad y otra el mal gusto. Si se tratase de un periódico cualquiera, bien; pero tratándose del *Heraldo de Madrid*, es demasiada libertad. Nosotros admiramos a Bonafoux, y precisamente porque sabemos que Bonafoux puede, sin recurrir a charrerías de tan mal gusto, entretener ingeniosamente al lector, nos permitimos este aviso, sinceramente cariñoso. Es consejo de amigos que bridamos a D. Miguel Moya, en bien del *Heraldo* y hasta del propio Bonafoux.

POR QUÉ LOS TOREROS SON ALIADÓFILOS

*«La silla donde m'asiento
ze l'ha caío la enea
de tanto pazá tormento.»*

Bulería fina.

Un periódico extranjero traía el otro día la noticia «pintoresca» de que la gente de coleta era aliadófila. Quizás daba esa noticia como una de tantas, y así debía ser, porque no añadía el menor comentario, y hasta pasaba por ella como sobre ascuas. Sin embargo, a conocer mejor nuestra España actual, no hubiera tenido en tan poco valor los doce millones de admiradores incondicionales que los coletudos pueden movilizar en favor de los aliados con «sólo quererlo». A Francia le bastaba recordar que la torería y sus adeptos fueron los que contribuyeron más a la caída de Napoleón y la primera batalla que perdieron los mariscales del Dios de la guerra moderna, la de Bailén, la decidieron las huestes famosas de piqueros y garrochistas.

Ya Lergé, y precisamente en un libro que hoy no será bien visto, su famoso tratado: «La decadencia de las naciones latinas» habla de que «con frecuencia los movimientos populares sorprenden inesperadamente a los jefes de Estado o de las provincias por el absoluto desconocimiento del carácter de las masas; no teniendo más que conocimientos empíricos de ellas, gobiernan al azar y según lo que acaece accidentalmente». Parece, en verdad, muy extraño que los aliados no se hallan dado cuenta de la importancia que para ellos tiene el que nuestros toreros y sus masas sean incondicionales suyos. ¿Es desprecio, o ignorancia de lo que pueden y de lo que valen? Sea lo que quiera, no dudamos en afirmar que el manifiesto de nuestros intelectuales a las naciones aliadas, comunicándolas su decidida adhesión, valdrá más «moralmente» para ellas pero no vale más «materialmente»; y como están hoy los acontecimientos y por la filosofía que de ellos se desprende, tanto más vale una adhesión cuanto más eficaz y positiva puede ser.

Los toreros y sus adeptos son hoy en nuestra patria la institución más poderosa. El pueblo subvenciona esa formidable «Hermandad de los riñones» con trescientos millones de pesetas anuales y ha levantado en su honor cuatrocientas quince plazas de toros; nuestros fenómenos son, hoy por hoy, amos del pueblo, de su dinero y de sus actos. No es hipérbole afirmar que una labor diplomática ejercitada sobre los sesenta y tantos matadores o astros doctorados, daría más resultados que una presión directa y constante sobre los Poderes públicos.

De todas las naciones neutrales, la que mejor podría ayudar a los aliados es nuestra raza. Geográficamente y etnológicamente, España podría

llegar, en una supuesta e intensa actuación, nada menos que hasta decidir la monstruosa guerra en favor de los aliados. Esto lo comprenden bien las naciones de la Múltiple y quién sabe si ya están preparando, como esas cosas tremendas se hacen, nuestra ingerencia en sus asuntos. Portugal en guerra, España no debe esperar que por estos u otros respetos las naciones dominadoras del mar se priven del concurso que tal vez necesitan más. En tales circunstancias, si los aliados cuentan, como así es, con la gente torera, su labor no sería difícil y he ahí cómo se demostraría que los gobernantes españoles, atentos a todo menos a sus masas, se equivocaban

en su actitud de precaución, temor e indecisiones lamentables.

Mas lo interesante, con no serlo poco lo anterior, es para nosotros la razón por la que los coletudos son aliadófilos. Pensando en ello, con esa intuición bergsonianista que bien manejada es una especie de cañón francés de 75, encontramos, no una sino varias razones a cual más seductoras. La primera consiste en la simpatía; y no una simpatía cualquiera como es, a saber, «tener ángel», sino en una científica y definitiva sugestión. La guerra y la disciplina en sus grados máximos, no agrandaron jamás a nuestro pueblo; el torero mismo no es un atleta, sino un «diestro». Cuando entre nosotros se ha dado un general «pintoresco», bueno como el pan, que llamaba a sus soldados «hijos míos», los españoles le han seguido sin pestañear hasta el otro mundo o más allá. Un oficial germano, de carácter de hierro que vigila con su revólver más los movimientos de su sección que los del enemigo, es extremadamente antipático a nuestro temperamento: y como decir temperamento es decir organismo, o mienten los modernos estudios neurológicos quien es antipático es despreciable.

Francia, sobre todo, ejerce en el alma torera una influencia semejante a la que tiene en nuestra literatura; eso de que jamás se anticipe a los acontecimientos, de que, por el contrario, juegue y se ria donosamente de las posibilidades y, cuando los sucesos surgen, los mismos sucesos sean quienes despierten las energías aletargadas... eso es para nuestros lidiadores e incondicionales la esencia de la genialidad y la atracción, derrotas que enseñan a vencer. ¡Oh, el ideal de esos mismos a quienes los tropiezos de los toros en sus aprendizajes enseñaron a «vaciar» un bicho como las «propias rosas», como Jotre en el Marne a von Kluck!... La teoría de las expresiones simpatéticas como medio de reunir las individualidades aisladas en una sola es, entre nosotros, una gran verdad, descargas simpáticas que despiertan en la muchedumbre sentimientos de afinidad y acción en consecuencia. Créo que Colajamsi habló ya largamente de esto en «Tumulto y reacción», y que Tarde ca-



La distinguida escritora Herminda C. Jover, que ha dado una notable conferencia en el Círculo de Hijos de Madrid, sobre el tema «La mujer»

lífico de chispa eléctrica esa simpatía; pero lo que nos importa es acusar el hecho de que Francia provocará esa chispa o esa descarga y hasta las leyes de transmisión y de reversión, de Ochorowicz, siempre que quiera.

La segunda razón es doble. Nosotros dimos a la Francia del 1808 una de esas palizas bien merecidas que no olvida jamás quien las recibe; pero España no sabe odiar, y es tan especial en su modo de ser, que desde entonces no puede pasarse sin Francia. Por otra parte el Mediodía francés tiene una Camarga, que es una especie de Andalucía, con sus toros y demás escenografías de carácter, unas docenas de plazas de toros, periódicos taurinos, aficionados «curragés» y dependencias de todo eso. ¿Cómo un torero nuestro no ha de simpatizar con una Francia semejante? Si el fervor que Cataluña tiene por los aliados proviene de que Joffre es de la Cataluña francesa, la atracción que Francia causa a la gente del bronce es que ampara su género de valor, su inspiración ante los cornúpetos, su gesto de desdén ante la fiera, aparte de las vibraciones de ondas luminosas de Edwin Kouston o las resonancias eléctricas de Herty. Habría que ver a estos «niños» si Francia fuera vencida... entonces nadie en España sería capaz de evitar la intervención aunque invocase la propia existencia. Entonces vería Francia quién es esa raza sentimental que hace de la simpatía lo que los alemanes de la palabra hierro; un culto y un rito. Si ya no han metido «en el ajo» mano es porque creen en la victoria de los aliados.

La tercera razón es del oficio. Estas cuestiones donde la sangre hace papel principal son de su especialísima competencia. La fenomenología taurina ha evolucionado en este último tiempo hacia el sumo riesgo; antes, si bien no conmovía un caballo que se pisoteaba sus propias tripas, la gente ululaba cadavérica y hasta epiléptica a la vista de una mancha de sangre en un hombre; hoy, cuando el hombre herido se va a la enfermería, le llaman «sara-a», «pinturero», «nene» y «merengue»; estos epítetos no hay español que los sufra así esté con el «gómite» y el «niño» herido vuelve al toro echando sangre hasta por los ojos y se atraca del toro y hace con él una de esas faenas que han impedido a los alemanes llegar a Verdun. El mecanismo de los contagios afectivos ha sido demostrado por Vigouroux y Jaquelier, y en «Des Sociétés Animales» Espinar ha comprobado que es una ley universal que la representación de los estados emocionales provoque, en el que es testigo, el nacimiento de este mismo estado, lo que quiere decir en nuestro lenguaje llano que la fiera de la gente hace la del torero, y la superhombria de éste se refleja en el público, aumentando el primitivo canibalismo o cosa así. Por esto sospechamos que pueblo y toreros estén maduros para figurar en los campos de batalla más sangrientos y terribles que registra la Historia.

Ciertamente, no les vendrían mal a los aliados setecientos u ochocientos mil mozos «críos» en el frente francés. La simpatía, el aliadofilismo, el «estar con ellos en corazón», será muy excelso y muy bueno; pero no es más que el primer paso. Sospechamos que intervendremos al fin. Mas, entretanto, cuando algún corresponsal telegráfico noticias como la que comentamos, débese dar en las respectivas redacciones la importancia que tiene. La coleta de los toreros puede causar risa, y su gestión social prestarse a comentarios de profunda indignación, mas el que sean aliadófilos los toreros equivale para Francia, sobre todo, a tener en España un Benizelos y una Salónica. Y si no, al tiempo.

Eugenio Noel

LA GUERRA

Un año hace que Italia declaró la guerra a Austria. Un poeta templó su lira y entonó un canto en honor de un héroe popular italiano; unos políticos ignorantes e ineptos no midieron la anchura de la sima en que iban a lanzar a su pueblo (en todas partes cuecen habas, y en mi tierra a calderadas), y sin tomarse el trabajo de meditar sobre un mapa (lo negro y los colores les estorban a muchos), de repasar la historia, de consultar estados de fuerza y armamento (¿ara qué servirán esos emblecos?), dijeron: ¡adelante!, y allá fué un pueblo a estrellarse contra los Alpes. Nótese que esa voz suelen darla casi siempre con vibrante tono los que, como el capitán Araña, después de embarcar a la gente se quedan en tierra. Es muy cómodo decir ¡adelante!, quedándose atrás el que así grita. Y no se crea que aludo a D'Annunzio, no; que buenos versos lanzó sobre Trieste y Trento, y a pique ha estado de perder un ojo, y aún puede que pierda los dos como sigan los austriacos de triunfo en triunfo, como van ahora.

¡El qué culpa tuvo!... Le dijeron que cantase y cantó. No pueden extender recetas los ruiseñores. Doctores tendrán los italianos a manta que hubieran podido tomarle el pulso al problema y recomendar el reposo, y hasta puede que se lo tomasen e hiciesen tal recomendación; pero los animadores de la prensa caldearon el ambiente sin percartarse de que a veces la pluma mata, y sin saber que predicaban una enormi-

Francia... Hoy mismo llega a mis manos un recorte de *La Epoca*, con un artículo de su corresponsal en París, de fecha 16 del actual, en el que se dice: «pronto, y muy pronto, aunque no lo crean los incrédulos, vendrán también a Francia contingentes de tropas italianas».

Olvidaron todos, medir el desarrollo de la frontera, contar los soldados que tenía Italia, recordar su problema latente de la Tripolitania, calcular la densidad de tropas que necesitaba esta nación en todos los sectores de la inmensa línea, para en unos estar a la defensiva y en otros atacar resueltamente, que para algo había declarado la guerra y dicho en todos los tonos que iba a libertar a Trieste y Trento de las garras del águila opresora, y sin más que ese pequeño trabajo ¡hasta los que creían que para ir a Viena no tenían los italianos sino que andar cuesta abajo! hubieran visto que ni a los Dardanelos, ni a Servia, ni a Montenegro, ni a Francia, podían mandar soldados (puedo hablar así, porque hace un año hablaba de igual modo); que bastante harían con sostenerse en el cordón que recordando la estrategia de otros siglos habían dibujado sus fuerzas junto a la frontera. ¿Que no otra cosa se ve en los demás frentes? Ciertamente; pero obsérvese que esas inmensas líneas defensivas han aparecido en Francia, cuando los alemanes, teniendo que llevar fuerzas a Rusia, se vieron obligados a abrir un muro entre ellos y sus defensores, que antes, nadie que recuerde cómo empezó la guerra, podrá negar la actividad de los germanos, pues de Alemania al Sur de París hay unas cuantas leguas de mal camino y en pocos días las recorrieron, y si en Rusia



dad, que a saberlo, caritativamente pensando, es de suponer que hubieran guardado silencio; los políticos se encontraron con la masa a punto, metieron el dedo índice en ella, la hicieron girar... ¡y el buñuelo saltó! Giolitti acaso era el único que conocía bien el problema, y puede asegurarse que él dijo que no eran gigantes, sino molinos de viento con los que iban a topar los italianos, y que expuestos estaban a dar con sus costillas en el suelo. Nadie le hizo caso: no suele escucharse la voz de la razón. Avanzaron cantando, ¡y hasta las partes oficiales cantaban!, sin percartarse de que si avanzaban con pasmosa facilidad era porque los austro-húngaros habían dado un salto atrás para compensar su inferioridad numérica con el apoyo del terreno fortificado a toda prisa.

Un año ha pasado en que a diario hemos estado leyendo partes oficiales en que se hablaba de continuos progresos, y tantas cuantas veces mi mano cogía un lápiz para dibujarlos, se me caía éste al suelo al observar que la línea que tracé un día pegada a la frontera, pegada a ella continuaba... Los periódicos franceses de vez en cuando nos anunciaban la marcha de los italianos camino de Viena, el apoyo que iban a prestar a los aliados en los Dardanelos, el que suministrarían a los servios y montenegrinos, y hasta se habló de los bersaglieri que vendrían a

aparecieron también los inmensos fosos, fué después de otro período de movimiento que en la memoria de todos está.

En Italia olvidaron que tomaban la ofensiva, que el desperdigar sus fuerzas les re-ataba acometividad, y un año entero han estado marcando el paso junto a sus trincheras, metro más o metro menos, allí donde llegaron en los primeros días de la campaña. ¡Y se han dicho tantas cosas! En *La Ilustración Francesa* se publicó un grabado en que se veía a los soldados italianos escalar una posición austriaca valiéndose de cuerdas y ejecutando trabajos que los de Hércules casi resultaban juegos de niños comparados con los que realizaban esos soldados. Es de advertir que se trataba de sorprender al enemigo y que la arriesgada ascensión se hacía de noche. Supongo que al fognazo del magnesio (porque sin él no atino cómo pudieron obtener la fotografía) despertarian los austriacos sobresaltados.

Tantos, tantos embustes se han escrito creyendo que el público de hoy es el de antaño, que comulgaba con ruedas de molino, que con ser las partes oficiales fuentes de información de los que mana el agua de la verdad a gotas y aun a veces mezclada con cieno, a ellos hay que atenerse huyendo como del diablo de los relatos de los que entienden que no hay campo vedado para

su audacia y que en materia como esta de la guerra puede y debe hacerse gala de la fantasía, no para adornar la verdad, sino para desfigurarla. Y esos partes oficiales de ahora que llegan de Roma, a trágico suenan. Gran parte de lo que lograron conquistar los italianos en un año, lo han perdido en unos días, y ello da idea de la acometividad de sus adversarios e iniciado está por éstos un movimiento envolvente que de poderse ejecutar tal como indudablemente ha sido concebido, mal año para los italianos que se encuentran entre el valle del Brenta y del Isonzo. Los austro-húngaros intentan desembocar en masa entre los valles del Adigio y del Brenta en la llanura del Veneto, dejando encerrados a sus enemigos entre la costa del Adriático la frontera y las columnas austriacas que desde el Trentino marchen en dirección de Venecia (estilo ruso). ¿Lo lograrán? ¡Chi lo sa!

Bien saben los artistas que entre lo que se concibe y lo que se ejecuta, entre la idea creadora y la obra material que la encarna, está el intermedio de las groseras manos que las más de las veces no atinan a dar la forma debida al soplo divino que inspiró la obra de arte. Y algo y aún mucho de tal tiene la guerra y son contados los genios que en ella aparecen. Contad: Alejandro Anibal, César y Napoleón. Los demás guerreros notables son estrellas de segunda magnitud. Si lograran los austro-húngaros que marchan entre el Brenta y el Adigio llegar al Adriático, como quiera que entré el lago de Garda (el que está al Norte de Peschiera) y el Adamello tendrán contadas fuerzas los italianos, la casi totalidad del Ejército de Italia quedaría incomunicado con el interior de su país, la escuadra austriaca se encargaría de imposibilitar o de dificultar al menos el que recibiese ese Ejército viveres y material por el Adriático y la tragedia podría terminar rápidamente en Italia con un triunfo de los que se escriben con letras de oro y de los que traen aparejados estatuas, pero contra siete vicios hay siete virtudes, y aunque no ha demostrado hasta ahora el caudillo de los italianos ser un vidente precisamente, ciego habrá de estar si no se percatara del peligro que corren sus tropas y si no acumulara fuerzas entre los valles del Brenta y del Adigio para contener la arrolladora masa. En caso tal los austro-húngaros que han en el Isonzo atacarian resueltamente, pero no es tan de temer la dirección de este ataque de Oeste a Este como el del Trentino, que en el peor de los casos podrían irse retirando los italianos sobre las líneas del Tagliamento, Piave, Brenta, Adigio, Pó y los Apeninos, a no ser que por complacer al escritor que ha asegurado que «pronto, muy pronto» irán los italianos a Francia, se retirasen valle arriba del Pó (aunque el Sur de Italia y Roma quedasen al descubierto) y por Milán y Turín se encaminaran a la Niza (que está en Francia al Sudoeste de Turín) y que también es territorio irredento. ¡Y puesto que de irredentismo se trata!

Armando Guerra

COSAS

HABLA EL LEON...

Esopo me dió voz en sus tan sesudas como inmortales fábulas.

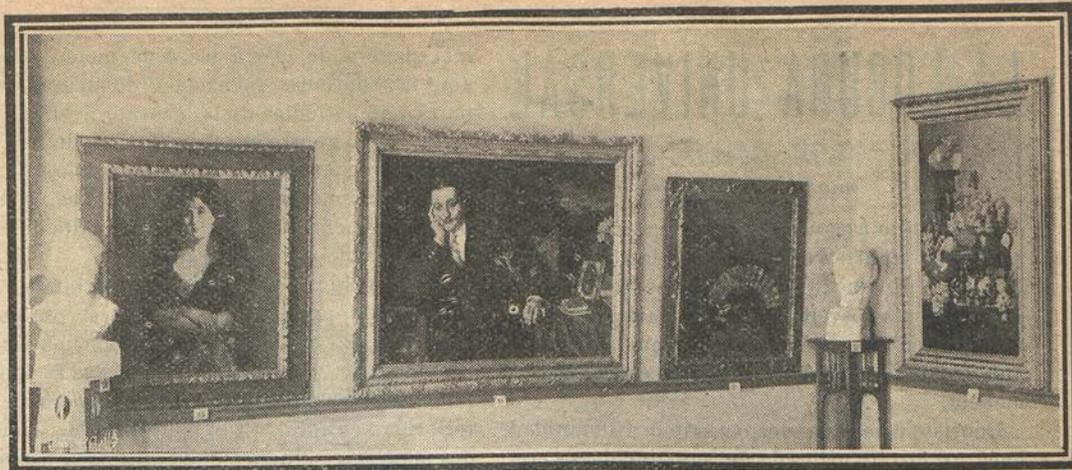
Mi fiero lenguaje no está escrito en el Diccionario de la Lengua, ni por desgracia, en el de la minoría republicana.

Tuve por Academia el ancho desierto, y por eco lo inmenso de los cielos.

Recogieron mi voz horrisonas tempestades que parecieran acabamiento del mundo, estruendos del simoun en revueltas de arena que repercutían cóleras del cielo en bramidos de la tierra; mis quejas se perdieron en gemidos de caravana desaparecida entre los hervores de la inundación de fuego...

¡Soy el león del desierto!

No os asustéis ante mi afirmación que debiera muy antes ser mordisco.



Exposición provincial de Arte en el Ateneo de Badajoz. Pinturas de López Mezquita y de Checa, y esculturas de Pérez Ascunce.

Los de mi raza no hablan: muerden... Mas, ¡ay!, que la desgracia quitóme voz y rugido mi infortunio.

Soy león; mas no fiero, de los de las selvas...

Soy, ¿habrá más ridículo león?, ¡el león, uno de los leones del Congreso!

Fuí, un tiempo, ornato de Castilla y de mi León amado... Lengua de escarlata, ojos flamígeros y rubia piel, pardas crenchas y atiesado rabo, figuraba yo en los escudos de España ya en paños, en bordados y áureas gualdrapas, tapices y ricas alfombras, retablos de catedral, monedas y purpúreas casullas.

Pintáronme a capricho bondadoso y otros fiero, y, tan mal humorado a veces, que semejava al conde de Romanones en día de discusión con sus administradores... Mi voz, que resonara en el Sahara como edicto regio, tuvo sonidos de Ruiz Jiménez...

Harto yo, noble animal, de figurar en escudos y monedas, tan falsificado como víctima de adulterios, una vez, há muchos años, fui captado en Africa, mas de extraña manera.

Hubo guerra entre españoles y moros; cogieron a mi señor, *Muley El Abbas*, cañones que trajeron a Madrid tras de la escolta del suave O'Donnely y del bravo Prim.

Con aquel bronce fundieron dos leones.

Era el bronce africano, mas los leones del todo hispanos.

Pronto salimos del humillado molde, que para nosotros simbolizaba esclavitud, ludibrio y vergüenza.

Que de haber vencido aquel bronce nuestros rugidos evocaran a Tarik, al bravo Muza, al sabio Abderraman, al bárbaro Hamet, al gentil Cid Ayda y hasta al triste Boabdil, tan calumniado en su notorio valor! ¡Hubieran nuestros rugidos estremecido a Iberia, despertado la historia de España!

Ridículos cautivos, para ofendernos y humillarnos más, así como antaño ponían a bravíos cristianos de guardianes del serrallo, ¡a ellos, tan fieros, se les ponía en el caso de eunucos viles y poco menos que de autores de comedias simbólicas en que se quiere regenerar a España, cuando se debiera principiar por la regeneración de la propia virilidad!

nos colocaron, repito, a nosotros, en el triste papel de guardar lo más odiado para nuestra austera, silenciosa y cauta casta y raza: ¡El Parlamento!

Muchos años llevamos ya de ser centinelas en el templo de la farsa y de la inmortal mentira... Y cuando los asnos hablan dentro, y balan ovejas de la mayoría y muge tal cual toro, y berrea La Cierva, y cacarean gallos, y topan carneros, y berrita el elefante de Barroso, ¿será mucho pedir que cuantos aguardamos a la puerta tantos años sin lograr acta, lancemos de una vez al aire nuestros gloriosos rugidos?

¿Ha llegado el caso?

Si fuimos emblema de la historia de España, si su orgullo cifra España en ofrecernos sus escudos, si el león de Castilla; tan invocado siempre, aún tiene uñas y ondea melenas y luce al sol sus limpios cuanto arrogantes y afilados dientes ¡sea bendita la hora en que abandonando nuestros pedestales, hinquemos el colmillo en las bronceadas puertas y, asolando alfombras penetremos en el salón, rugiendo coléricos y mordiendo despiadados, y en pocos instantes limpiemos al país de tanto jayán y malandrín, canalla y landronzuelo, impostor y farsante!

¡Sea ello pronto!

El pueblo español, el que elige a sus diputados es el único a quien se ha dejado sin acta.

¡Alcancémosla nosotros con nuestro admirado brío!

¡Abandonemos los pedestales y entremos a saco el templo como legítimos, únicos representantes de la raza española!

El rugido debe vencer al discurso...

¡Mas guardémonos! No sea que algún diputado demagógico que dejó al Oso de la Villa en cueros vivos, nos deje a nosotros también desnudos...

—¡Nuestras uñas valen más!— rió mi compañero, el león que mira hacia la calle de Fernández Flores...

—¡Infeliz! ¡Ahora sí que de veras estás haciendo el oso! ¿En qué mundo vives? Nuestras uñas, comparadas con las de ese demagogo, son pura vaselina, maza-pán y tocino del cielo!

¡Pobre España!

Rodrigo Soriano

LA LOCURA UNIVERSAL

« Del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro. »

Me permito asegurar, sin pretensiones de filósofo y sin ironías de satírico, que la Humanidad está loca. No puedo decir que le he guardado el secreto a mis desventurados compañeros de manicomio, porque no hay uno sólo que en los momentos lúcidos no reconozca su estado de demencia.

Consiste esto, a mi ver, en que la Humanidad hace un uso inmoderado de sus funciones cerebrales, que limitadas a la normalidad permanecerían en perfecto equilibrio y que se disparan excitadas por la tendencia humana, ley de su progreso, que la aparta de las realidades de la vida para escalar cumbres de idealidad inaccesibles, de las cuales se despeña, eterno Sisifo, presa de delirante vesania.

Cada grande avance de civilización determina un acceso de demencia nacional o universal. Los refinamientos de la cultura greco-latina produjeron la irrupción de los Bárbaros; la Reforma, seculares luchas; la Revolución, una pelea que no ha terminado.

Toda civilización acaba en punta de espada y culmina en un gran guerrero, es decir, en un gran demente. Sesostris, Nabucodonosor, Alejandro, César, Napoleón.

El abuso del cerebro, su exagerada actividad, puebla de individuos y de naciones locas el inmenso manicomio de la Historia. Newton acaba en monomaniaco comentando el Apocalipsis; Arquimides murió ensimismado; Pascal, alucinado; el cerebro de Hugo se abismó al choque de las antítesis.

La locura castiga a las clases privilegiadas por ser las más cultas. La aristocracia inglesa, los terratenientes prusianos, la alta democracia francesa, alientan los imperialismos que engendra el poder; los sabios, escrutadores de tierra y cielo, todos los pálidos superhombres que batallan por el ideal, cuantos sienten bajo el cráneo las explosiones eléctricas de pensamientos, de pasiones, de codicias sublimadas, suministran al mundo un formidabile contingente de orates, tanto más peligrosos cuanto que se imaginan más razonables.

Esas clases directoras a las que para librarlas del calificativo de criminales hay que suponer dementes, son la causa inicial en todos los tiempos de los grandes infortunios de la Humanidad. Ellas indujeron las malas pasiones de las multitudes, las lanzaron a las guerras y a las revoluciones, las encendieron en megalomanías y codicias sin cuento, organizaron la familia, la sociedad, el Estado, la vida económica en pugna siempre con la razón y el derecho. No hay un acto suyo en la Historia que no sea un caso clínico de locura origen de espantosas catástrofes.

Ahora mismo, ¿no es una insensatez el sostener que la potencia industrial y mercantil de Alemania y de Inglaterra puede aumentar o disminuir matando millones de hombres y destruyendo emporios de riquezas? Pues no es otro, o es este el principal origen de la guerra desatada por escritores, diplomáticos, estrategas y jefes de Estados, todos acometidos del vértigo de las alturas. En vano el pueblo trabajador de todos los países inició la protesta y la resistencia. El contagio acabó por dominarlo y ya están todos los siervos tan locos como sus amos.

Y como los superhombres son precisamente los directores de la especie humana y la dolencia que padecen es por todo extremo contagiosa,

a la manera de cierta clase de meningitis, de aquí las continuas invasiones de locuras nacionales y la periódica de la locura universal.

La actual guerra europea es una de las más graves de cuantas ha sufrido el mundo, y merece un estudio especial de los alienistas, que yo, por deficiencias de mi saber y por falta de espacio, no puedo ni intentar siquiera.

¡Dichosos los pueblos de menos intensa cultura! Ellos permanecen neutrales, porque si bien no están del todo, sanos se encuentran en un momento lúcido. En esas guerras la neutralidad es un estado de salud mental, pero de inferioridad cultural. Es el equilibrio de facultades modestas, aunque suficientes para asegurar la posible felicidad terrena.

La educación modifica la insuficiencia cerebral, que es la causa de esta enfermedad. Los progresos de la civilización excesivos, la agravan, porque la existencia se complica y dificulta, creándose un ambiente nocivo para la ponderación espiritual, que se quebranta por las sacudidas violentas de una actividad superior a la fortaleza y flexibilidad de los órganos cerebrales.

¿Preponderarán alguna vez las sanas masas populares sobre sus directores dementes? ¿Se librarán del todo del contagio que las transmiten los verdaderos responsables e inductores de sus extravíos y crímenes? Hay ahora un indicio de atenuación del mal. La guerra causa mayores estragos que nunca por la bárbara perfección del material bélico, los soldados se baten con furor; pero los pueblos no se electrizan como en otros tiempos. No hay adoraciones ciegas al héroe. Las mágicas notas de *La Marsellesa* y de la marcha de Tanhaüser no vibran entusiastas. Nótase el aburrimiento, la tristeza, la resignación de las naciones beligerantes. El gran loco empieza a tener conciencia de su estado, lo que revela un alivio del mal. Sancho se va dando cuenta de que su amo y señor no anda bien de la cabeza.

No está siempre loca toda la humanidad; pero total o parcialmente, es sugestionable y campo abonado para ello por la evidente demencia de sus guías.

Honda melancolía embarga ahora el alma popular, tal vez porque hoy todas las guerras son guerras civiles por la creciente solidaridad de las naciones, rota de momento por sus gobiernos.

¿Hay redención posible? Lenta será la gestación de ese progreso, probablemente de siglos, hasta que el cerebro humano haya logrado su completa liberación del yugo ancestral, por sucesivos perfeccionamientos anatómicos y fisiológicos, en su íntima contextura, por el aumento de la substancia gris, por la más fuerte vitalidad y más inmediata relación de los neuronas, cuando por la general cultura de las masas se capaciten para rechazar los brillantes sofismas de los sabios, los guerreros y los estadistas, y sea imposible que un loco haga ciento; cuando el cerebro humano, hoy tan débil todavía, ofrezca un dique resistente a la marea más alta de la verdadera civilización.

Rafael Ginard

AUTOMÓVILES LIGEROS
PEUGEOT
 ENTREGAS INMEDIATAS
 AGENTE EXCLUSIVO EN ESPAÑA
G. R. Peñalver, Castellana, 6 d.

COMENTARIO SENTIMENTAL

UNA VOZ DESCONOCIDA EN EL JÚBILLO DE LA «CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA»

Dios me libre de comentar la última obra de Jacinto Benavente. Admirador apasionado de toda la labor excelsa del maestro, ligado a él por vínculos de devota amistad, si diera un elogio hiperbólico para sus fanáticos, sería uno más en el concierto de alabanzas mientras que unos hombres tranquilos, un poco taciturnos, que en la sombra laboran por el arte, recusaríanme con un gesto de duda o de reproche. Por otra parte, no quiero tampoco desempeñar el papel del niño del conocido cuento de Andersen. Pero si quiero decir el comentario un poco dolorido que todas estas cosas me sugieren.

Para que un hombre, sea militar, político o artista, triunfe, es preciso que se convierta en un *hombre representativo*, es decir, que deje de ser él y se transforme un *símbolo*, una bandera que pueda cobijar a los demás y servirles de enseña; la encarnación de una idea en que los otros puedan cifrar sus ansias de triunfo. Es inútil que sea original, fuerte, genial, que una impaciencia llena de nobles rebeldías agite su espíritu o que un reposo filosófico le dé clarividencia extraordinaria, si todo ello no sirve para convertirse en acción que haga caer los muros de la ciudad sitiada. Sus soldados le dirán: —Jefe, ¿cuándo entraremos a saco en el botín?— o sus discípulos, roídos por la duda ante su inacción, le interrogarán ansiosamente: —Maestro, ¿cuándo nos darás el Reino de los Cielos?

Pero limitémonos al campo de la literatura, puesto que de una obra literaria nos ha sugerido este comentario. Todos los grandes éxitos de estos últimos tiempos en el teatro o en la novela, más que éxitos literarios han sido éxitos políticos. Veamos qué obra del maestro Galdós obtuvo victoria más resonante, qué época de la vida de Blasco Ibáñez fué en la que le siguieron con mayor fanatismo las muchedumbres. Y veremos que fueron tras de la antorcha de *Electra*, que se enardecieron en las luchas valencianas.

Un pensador, un novelista, un poeta vive su obra silenciosamente; está lleno de rebeldías, pero son rebeldías calladas, inútiles para los intereses de los demás, y predica en el desierto ante unos cuantos elegidos que son los mejores porque son los menos. Unamuno, Ortega Gasset, Pérez de Ayala, tienen su obra entera impregnada de enérgica sublevación contra la estulticia, los prejuicios y las ideas hechas del público, pero esta rebeldía no va hasta la soflama, hasta el período inflamado que arrastra a la multitud, y nadie le presta esa atención fervorosa.

¡Pero si el mismo admirable Benavente ha sido siempre un rebelde y un moralista a su manera! Desde esa joya del teatro Español que se llama *Lo Cursi* hasta las shakespereanas escenas de *La Noche del Sábado*, toda su obra está impregnada de mansa rebeldía. Hay en ella el desdén un poco irónico del filósofo por las porquerías y miserias de la vida, la curiosidad del sabio que estudia casos extraordinarios y algunas veces, casi contra su voluntad, la imprecación airada del poeta.

Pero todo esto era una rebeldía personal, la interna rebeldía que late en el alma de todos los artistas contra las cosas feas, vulgares o pequeñas, pero no bastaba para tejer una bandera, para escribir un lema, para convertirlo en un caudillo. Y las gentes pasaban un rato divertido con *Lo Cursi*, *Modas*, *La Comida de las Fieras*, y tenían una indiferencia un poco desdeñosa por *Imperia* y la *Princesa Bebé*.

¿Por qué? La rebeldía íntima, fervorosa, amarga o entusiasta del poeta, merece más la atención que la rebeldía, un poco atrabiliaria y tosca de las masas. El artista, sobre todo cuando es grande, noble, único, como Benavente, es infinitamente más interesante en sus interiores in-

quietudes que cuando en una obra, incidentalmente, dice unas cuantas palabras que las gentes pueden interpretar a su manera.

No mezclamos el arte a cosas que le son inferiores; guardémosle en el Arca de la Alianza, y, sobre todo, no olvidemos la fórmula de Ruskin, el maestro supremo de la estética moderna; «el arte es serenidad en el reposo y en la acción.»

Antonio de Hoyos y Vinent

GRACIAS Y PROPOSITOS

Secundando la simpatía con que nos ha acogido el público, que ha agotado la tirada de nuestro primer número en pocas horas, los grandes diarios madrileños, sin excepción—*A B C, El Imparcial, El Liberal, Heraldo de Madrid, España Nueva, La Tribuna, La Correspondencia de España, El País y La Acción*—han tenido la bondad, que les agradecemos cordialmente, de dedicarnos palabras de elogio, que son para nosotros aliento y estímulo.

Con igual cariño que estos colegas, muchos lectores nos escriben felicitándonos y nos excitan a proseguir el rumbo de absoluta independencia iniciado en nuestro primer número.

Así, en efecto, intentamos hacerlo. Ni nuevos ni viejos en este grato oficio de escribir para los demás, algo creemos conocer al lector español y, por ello, no aspirará nunca LA SEMANA a imitar a aquellos periódicos que en otro tiempo obtenían éxito facilitando sobre toda cuestión de actualidad un juicio hecho.

Ahora, el lector estudia, piensa y se preocupa hasta poder apoyar con razones y argumentos propios sus ideas y sus preferencias. Ahora, es contrariarle, y aún ofenderle, aspirar a atraerle a las ideas, cualesquiera que sean, de un periódico partidista.

LA SEMANA tiene, como puede juzgarse, otra aspiración, tal vez más modesta, pero quizás más noble y de cierto más respetuosa: hacer desfilar por sus columnas a todos los escritores prestigiosos de España, sean cuales fueren sus ideas, para que oyendo a unos y a otros, a todos juntos, de entre la diversidad de juicios y opiniones, el público pueda sacar el suyo, que será, sin duda, el más justo.

EL DIRECTOR UNIVERSAL

Anuncian los periódicos que el simpático y diligente director general de Correos va a Barcelona para dar una conferencia en la Casa de América.

—¡Hombre, muy bien! Este Francos Rodríguez es un trabajador infatigable. Supongo que la conferencia será sobre el ahorro postal. ¿No?

—No. La conferencia de Francos Rodríguez versará, dicen los periódicos, sobre «Las comunicaciones en América».

—Será sobre «Nuestras comunicaciones con América», que es lo que nos importa a nosotros y a ellos.

—Pero como nuestras comunicaciones con América se han casi suprimido, puede que se prepare para ser director de Correos en América, y quiera demostrar que las conoce.

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ



D. Joaquín Urzáiz, liberal, por Huelva.

¡SABATER, NO!

Se nos pregunta que cómo habiendo publicado en el primer número más de cincuenta fotografías no apareció en ninguna de ellas el retrato de mayor circulación, Sr. Sabater.

Respondemos que ni en las cincuenta que hemos publicado ni en las cincuenta mil que pensamos publicar

La afirmación sorprenderá, conociendo, como se conocen, las magias que el Sr. Sabater emplea para surgir en todo «cliché» de grupo; pero creemos que la publicación, «porque sí», sin motivos de curiosidad pública, es injusta y funesta.

Injusta, porque iguala al simpático y al mundano, con el científico, el escritor y el artista; y funesta, porque el mundano y el simpático, seguro de que se le igualará, se duerme en «la Cápua del magnesio», sin desenvolver un esfuerzo en pro del arte, de la literatura o de la ciencia.

Por lo tanto, ¡Sabater, no!

SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ

LA MODA

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT

Príncipe, 18, entresuelo

LOS POETAS

UN PASTOR

Este pastor cetrino,
arrugado y cenceño,
recio como el tocón de un recio pino
en el agrio paisaje berroqueño,
sobre el terruño inmoble,
transido por el sol de la llanura,
cela un entero corazón de roble
so la corteza dura.
¿Qué sentimientos guarda
su pecho enjuto bajo el paño tinto
de la anguarina parda?
Honda lleva en el cinto
para apriscar la desmanada oveja,
mas no para lograr lo que el instinto
le pide en ley o la demanda en queja.
Cuando aguijado de inverniza bruma
su rebaño trashuma,
la venta del camino
no guardará para su carne sierva,
hecha a duro terrón o a fresca hierba,
ni reposo ni vino.
¡Vino de Madrigal y la Membrilla,
de Esquivias, Alanís, Coca, Alaejos,
la aromada tintilla
y el oro fuerte de los caldos viejos:
cuán lejos de la boca
de este pobre pastor que solo bebe
pura linfa de roca,
claro jugo de nieve;
de este viejo pastor que majadea,
campero, en el rastrojo y la montaña,
sin trocar la cabaña
por la paz venturosa de la aldea!
Tendido en las barrancas,
o en el pelado llano amarillento,
mira sin pensamiento
el paso augusto de las nubes blancas.
Pero ¡ay! cuando en la sierra,
allá en el alto majadal, responda
el silbo de la honda
a la inquietud de la angustiada tierra...
Al borde del camino,
hoy nos mira pasar el tronco viejo
de este pastor cetrino,
mudo, cariparejo,
sin traslucir curiosidad ninguna:
Igual viera cruzar con su cortejo
al rey Don Juan y al Condestable Luna.

Enrique de Mesa

EL COCHE DE GALONES

¿No lo saben ustedes? Los secretarios del Congreso tienen, para su uso oficial, coche galoneado. Pero lo emplean, no sólo para su uso particular, sino para el uso particular de sus amigos.

Así, todas las tardes, un hijo del Sr. Alonso Castrillo se pavonea por la Castellana, llevando en su coche de galones una verdadera carga de amigos.

Claro está que la cosa es inocente. Pero si el coche es para uso oficial, no debiera emplearse en abusos particulares. Y más en estos benditos tiempos de economías que dejan sin comer a trescientas familias de pobres temporeros, mientras permiten al Sr. Alonso Bayón lucir su coche galonado en la Castellana.

Probad los espárragos TREVIJANO

EL TIRO DE PICHON



S.M. la Reina, con los infantes Isabel y Fernando, tomando el té en el jardín del "chalet".

LA FIESTA DE LA FLOR BARCELONA Y ZARAGOZA



Barcelona.—Unas señoritas postulando en la calle de Pelayo. *Fotos Rozas*



Enrique Borrero "saltado".



Zaragoza.—Las lindas señoritas que postularon en la calle de Don Jaime. *(Foto Sánchez Román.)*

LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA



El valeroso teniente belga M. Marburgo, a quien recientemente le ha sido amputada la pierna izquierda por un accidente de guerra, acompañado de su esposa en uno de los hospitales de París.



S. M. el Rey, disponiéndose a intervenir en las tiradas. *(Foto Martín.)*



El Sr. Santos Suárez, campeón.

EL BANQUETE DE UNIDAD CATALANA EN BARCELONA



Aspecto del salón en que se celebró el banquete, al que concurrieron 7 comensales, número que en España, país tan aficionado a esta clase de fiestas, no se había conseguido nunca en una comida.

CONFERENCIA



El sacerdote don Miguel Cortacero, en el C. de la U. I.-A.

NUEVO ACADÉMICO



Recepción del Sr. Menéndez Pidal, en la A. de la H.

UN LIBRO



D. José Blanco Coris, autor del nuevo libro "Manual de Arte decorativo" que es objeto de muchos plácemes.

EL TRIUNFO DE VILLEGAS



La figura del ilustre pintor Villegas, de cuyo gran triunfo reciente se ocupa en otro lugar nuestro compañero Cristóbal de Castro, está en estos instantes de actualidad. He aquí al insigne artista, con su esposa, en el comedor de su casa.

HOMENAJE



Doña Venancia Martínez, madre de D. Jacinto Benavente, a quien, por iniciativa del Centro de Hijos de Madrid, tributaron anoche un homenaje las mujeres madrileñas.



La presidencia del banquete, en la que figuraban el Sr. Cambó y los demás diputados. *(Fotos Pérez Rozas.)*

CONFERENCIA DEL SR. MAURA



El Sr. Maura, con el Sr. Urzáiz y el Sr. Azcárate, después de dar su anunciada conferencia en el C. de la Unión Mercantil.

HOMENAJE AL HEROISMO.



Lápida recientemente colocada en el Colegio de Huérfanos de Guadalajara. *(Foto Arguer.)*

CUENTO DE «LA SEMANA»

LEJOS DE LA GUERRA

I

Bruscamente sintió Blanca una mano hombruna en su espalda. Acostumbrada a aquel ademán imperativo, se volvió sin prisa, dispuesta a sonreír y a proponer fingidas delicias.

Pero esta vez retrocedió asombrada. El hombre que la detuvo, también quedó inmóvil de estupefacción. Los dos se reconocieron.

—¡Blanca!
—¡Federico!

Tan extraordinario era su encuentro, que les tuvo unos momentos sin habla, confusos y avergonzados, sin saber por qué.

En la calle estrecha, sórdida de la Aduana, empezaban a abrir sus anchos boquetes de luz las tiendas recién encendidas; se oían gritos y risas de chiquillos. Pasaban las francesas de los labios pintados y los ojos de fiebre, sonriendo con un ademán canallesco bajo sus sombreritos lamentables y coquetones. Del *Edén Concert* salía repiqueteo de castañuelas.

Blanca miraba a Friedrich Kühler. Sí, era el mismo mocetón rubio, de los ojos azules y cándidos, de las manos enormes y la boca de niño. Pero qué cambiado, desde aquellos días lejanos de 1910, cuando se conocieron en París!

Movíase el cuerpo enflaquecido dentro de las ropas, demasiado anchas y raídas. Surcos profundos decían en su rostro el paso del hambre y del insomnio; las pupilas azules expresaban todos los decaimientos, todas las amarguras...

Federico miraba a Blanche Darette. Sí, era la misma, morena y menudita, con los ojos negros y huidos, los pies chinescamente pequeños y la serpentina gracia del cuerpecillo frágil. Pero tampoco los años habían pasado en vano sobre ella. De la obrerita gentil de 1910, sólo había un vago recuerdo en esta mujer pintada como un payaso trágico, encendidas de vicio las pupilas, derrumbada en una mueca lupanaria la boca, enronquecida la voz que fué tan fresca, tan cantarina.

Y luego de verse vencidos, derrotados por la vida, pensaron todavía más en los otros cambios, más mutuamente hostiles y repulsivos que los de sus cuerpos. La guerra se abría entre ellos como un precipicio infranqueable. Instintivamente veía Blanca en Federico al *boche*, al hermano de raza de los que invadieron Bélgica, como una horda de los prehistóricos tiempos. Veía Federico en Blanca la hija de *welches*, la hermana de *welches*, a quienes debía destruirse para que el «Alemania sobre todos» dejara de ser una quimérica utopía.

Y, sin embargo, cuando ella hizo un movimiento para volver la espalda y seguir pasando lenta, con voluptuosa lentitud de ofrecimientos perversos, Federico la detuvo suplicante:

—Blanca...

Ella le miró, estremeida por la dulzura de la voz y por lo que esa voz le recordaba.

—¿Qué quería usted?

—¡Oh, no! Así, no... Yo soy, quisiera ser el amigo de siempre. No he cambiado en nada...

—¿Usted cree?

Respondía Blanca con una falsa indiferencia,

crispadas las manos sobre el bolso de tela, sintiéndose brincar el corazón y subir a la garganta la estrangulación de los sollozos.

—¿Por qué no creerlo, Blanca? Nuestro pasado, aquellos días, ¿te acuerdas?, están por encima de todo...

—¿Tú sabes, que vosotros, los *bo...*—se contuvo—, los alemanes, me habéis dejado sin padre y sin hermano?

—¿Qué quieres? ¡Es la guerra!

—¡Oh, la guerra! ¿Tú sabes lo que yo pienso de tu guerra?

Se transfiguró ella repentinamente. En la calle, envilecida y mal oliente, por donde seguían paseando sus compañeras de infortunio, en donde seguían sonando las castañuelas del *Edén Con-*

través de las pupilas negras y los ojos azules. Pero fué sólo un momento. Se apartaron avergonzados, temerosos de que les vieran así, a una francesa y a un alemán, juntos, en la calle ruin donde las mujeres venden y los hombres regatean la mentira del amor.

Al fin ella se decidió.

—Sígueme...

Toda la sensibilidad de él se rebeló ante lo que parecía proponer aquella palabra.

—No, Blanca, eso no.

Le miró entristecida.

—Me juzgas mal, Federico. No quiero de ti ahora más que un poco de ensueño. Pero no aquí, ni donde imaginas, más lejos. Al otro lado de Madrid; en el campo. Parece nuestra la noche; parece aquella otra en que... ¿Te acuerdas?

—Perdóname, Blanca... Eres mejor que yo. Anda.

Ella echó a andar hacia la calle de la Montera, esforzándose en dar a su paso un aspecto burgués y casto. Hubiera querido en aquel momento despojarse de la ignominia de su carne maltratada y de sus vestidos llamativos, y poder colgarse del brazo de aquel mozo rubio y triste que la seguía, de bien distinto modo de como imaginaba la gente al cruzarse con ellos y volver la cara en una sonrisa de malicia y complicidad.

II

Le llevó al otro extremo de Madrid, a los Cuatro Caminos, por el paseo de la Dirección y los alrededores de Amaniel. Era

el campo que ella conocía por haber ido algunos domingos con Giulio Togni, el *Marlou* que la explotaba, un italiano que conoció en Marsella y que la trajo a Madrid.

Tibia y perfumada tenía la noche vernal serenidad. Cubría el campo la amplitud azul espolvoreada por los brillos estelares. Hacia la derecha, los ruidos de la ciudad eran cada vez menos perceptibles, bajo la rojiza niebla que cubría los edificios. Hacia la izquierda, en la calma y en la sombra nocturna, martillaban chulones los timbres de los organillos.

Blanca y Federico se sentaron en un ribazo, bajo la quieta frondosidad verde y blanca de una acacia que les protegía con su nupcial aroma.

Tardaron un rato en hablar. Se miraban a los ojos; tenían entrelazadas las manos, y, poco a poco, la felicidad pretérita les envolvía y les inmaterializaba.

Blanche Darette trabajaba entonces en una sombrerería. Friedrich Kühler era pintor y esperaba los días del triunfo dibujando para las casas editoriales y los periódicos humorísticos. Recién salidos de la adolescencia, se unieron de un modo que imaginaron perdurable. Friedrich cantaba la canción de Roberto Prutz, que era, antes de la guerra, la favorita de las universidades alemanas: *Noch ist die Freiheit nicht verloren*.

Este canto a la libertad era el estribillo de su vida. El deseo de ser libre le hizo abandonar a sus padres; le consoló de la pérdida de Blanca cuando Blanca se dejó seducir por una malsana pasión, bien distinta de aquel afecto hondo y candoroso del alemán; le alejó, por último, de la guerra.

En julio de 1914, Friedrich Kühler estaba en España y de España no había querido salir. ¡Qué importaba las miserias cotidianas, las humillaciones inconfesables, las abdicaciones del ensueño! Era libre y estaba limpio de sangre

ÉXITO TEATRAL



Los Sres. Torres, Varela y Alonso, autores de la obra «Música, luz y alegría», estrenada en Novedades, con extraordinario éxito.

cert, Blanca adquirió, por unos momentos, la actitud terrible y augusta de Francia. Fué solo un instante. Friedrich Kühler, humildemente, melancólicamente, dando a su mirada la expresión dulce y acariciadora de los días lejanos, murmuró:

—No pensarás tan mal como yo. No la odiarás tanto como yo: no habrás sufrido como yo...

Puso tal desgarrador acento de pena en estas palabras, que Blanca le tendió la mano.

—¡Pobre Federico!

Volvieron a sentir toda la ternura del pasado. Juntas sus manos, se cambiaron las almas a



POLICHINELA
PERSONAJES BENAVENTIANOS

humana. Jamás empuñaría un fusil. Para él todos los hombres eran hermanos y tenían derecho a ser felices.

Así, con palabras generosas y cálidas, se lo iba diciendo a Blanca, en la paz de esta noche de mayo.

—¿Entonces tú no irás nunca a la guerra?

—Nunca...

Una duda, la desconfianza un poco tardía de los franceses, respecto de Alemania, inquietó a Blanca.

—¿Y... no serás?...

—¿Qué? ¡Dilo!

—... espía?

—¡Oh, no! Tampoco. Pero, ¿a qué hablar de ello?... Basta de guerra... Hablemos de antes, de cuando tú me mimabas como a un niño. ¿Te acuerdas de aquella tarde de las fresas con champagne en Bezons? Te emborrachastes de champagne.

—Y tú de besos míos...

Iba el tiempo deslizándose insensiblemente. La noche avanzaba. Eran más aislados los ruidos de la ciudad. Se sentía lejano, de cuando en cuando, el bramido de un tranvía eléctrico, suabando la calle Bravo Murillo. En las pausas de silencio, el croar de las ranas y el áspero chirrido de los grillos, hablaban de una más solitaria efectividad campesina. Era menos frecuente la popular algarabía de los organillos.

Blanca dejaba hablar a Federico. En varios momentos quiso él escuchar las confidencias de ella, y ella se negaba...

—No. ¿Para qué? Hay demasiadas vergüenzas en mí... He caído muy hondo, *toto cheri*... Háblame tú. Esto me hace olvidar, me parece que todo, después de nuestro amor en París, ha sido un mal sueño.

Friedrich comprendía el pudor de aquella pobre alma manchada de tantos impudores. Ponia en las palabras melancólica dulzura, y sus manos la acariciaba las sienas tenuemente, como borrándole los malos pensamientos.

De pronto Blanca se puso de pie.

—¿Qué te pasa?

—¡Oh! Debe ser muy tarde.

—¿Y qué? ¿Te espera alguien?

—No... no es eso...

Mentía. Como piedra en un lago, saltó de pronto en su espíritu el recuerdo de Giulio Togni. A las dos de la madrugada debía esperarle en el Café Colonial.

—¿Qué es entonces?

—Nada... nada... Es que... ¿sabes? No he comido hoy... Me levanté muy tarde... no tenía ganas.

Friedrich sonrió, tranquilizado. También él pensó en el otro, en el hombre que ahora dominaba a Blanca. Sacó un duro y lo sujetó burlescamente contra el ojo izquierdo como un monóculo.

—*Voilà*. Toda mi fortuna. Te convidó a cenar...

Se orientaron, como los niños perdidos de los cuentos brujos, buscando la lucecita lejana.

A través del campo y de la oscuridad, bajo la fronda quieta y perfumada de las acacias, marcharon hacia un merendero próximo. Conforme se acercaban tenía más dominante canallería el pasodoble torero del organillo y se oía reír a unas mujeres.

III

Fué tan rápida toda la escena, que cuando acudieron los mozos y el dueño del merendero, ya el asesino había huido...

Blanca y Giulio Togni se vieron en seguida. El italiano estaba con dos individuos. Repentinamente, sintió despertar en sí el odio al hombre de la nación enemiga.

Se lanzó contra la francesa y el alemán.

—¡Ah, no! ¡Con un boche, no!

Centelleó en la noche una navaja. Blanca se puso ante el cuerpo de Federico y cayó al suelo, clavada el arma debajo del corazón.

Y, sin embargo, sonreía, acariciando la cabeza rubia de Federico, sintiendo caer sobre sus mejillas pintadas y lívidas de dolor las lágrimas de aquellos ojos azules y buenos de los días sin retorno:

—*Embrase-moi, tiens, tu es un toto, un vrai totocheri*...

José Francés

Moreno Mendoza

El Congreso, en su sesión del martes, admitió al Sr. Moreno Mendoza como diputado a Cortes por Jerez de la Frontera. Esta fué la actualidad política y altamente simpática de la semana. Porque el Sr. Moreno Mendoza es un caso... pero... oid, lectores, su vida, tal como él mismo nos la ha contado:

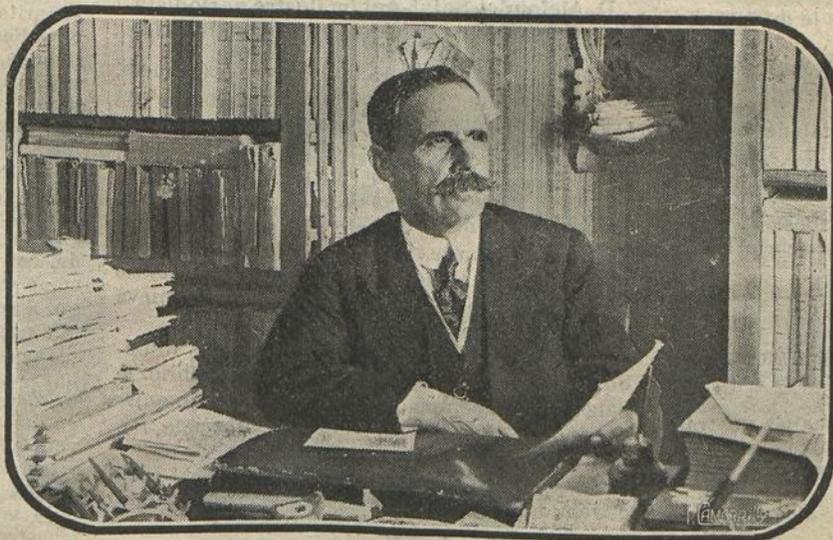
—En Medina Sidonia, allá por el año 1862, vine yo al mundo. Mi padre era un modestísimo jornalero.

—¿Trabajaba en el campo?

—Dedicábase, principalmente, a guardar ganado. Esta fué también mi labor en los primeros años de mi vida. Durante un año, cuando contaba los siete, estuve yendo a la escuela, aprendiendo en seguida a leer, pues tenía gran facilidad y afición; pero no conseguí, en cambio, saber escribir hasta muchos años después. Cuando iba detrás del ganado, ayudando a mi padre en su trabajo, me entretenía en leer cuantos papeles encontraba en mi casa, desesperándome por no saber escribir, lo cual aprendí a fuerza de paciencia. Yo leía bien el manuscrito al salir de la escuela, y no tuve, pues, que hacer sino dibujar las letras. Mi padre había muerto cuando yo contaba catorce años, y como mis dos hermanos estaban ya casados, quedé solo con mi madre, a la que me mantenía con mi trabajo.

—¿Cuáles fueron sus amos?

—Cuando yo comencé a ayudar a mi padre, trabajábamos en casa del Sr. Pérez Noriega.



El Sr. Moreno Mendoza

Después, entre otros muchos, serví al marqués de Negrón, padre del actual diputado provincial de Jerez.

—¿Se dedicó usted mucho tiempo a esto?

—No, señor; poco después, teniendo yo unos diez y seis años, de acuerdo con unos amigos, estuvimos trabajando a destajo en la carretera que entonces se construía de Medina Sidonia a Alcalá de los Gazules. Por cierto que ahora en las elecciones, en el viaje de propaganda, llegamos a aquel sitio, donde hay una venta y me encontré con que el ventero es hermano de uno de los que conmigo trabajaron en aquella construcción. Dedicueme después al laboreo del campo.

—¿Como jornalero?

—En la campaña de Jerez, a los que hacen arar, los llaman gañanes.

—¿Cuánto ganaba usted?

—Dos reales y medio, tres libras de pan y un poco de aceite. Esto era lo que se ganaba entonces guardando ganado y lo que se gana ahora. En aquella época comenzó la campaña de «La Mano Negra», que hizo levantar tantas veces el patíbulo en aquellos lugares.

—Usted hizo una campaña muy interesante, por su gran eficacia y valor social, hasta acabar con aquella tenebrosa asociación de «La Mano Negra».

—En realidad, no existió nunca «La Mano Negra» como organización. Fué la misma Federación Regional Española, que había en Barcelona, Sevilla y Valencia, sólo que el caciquismo y la tiranía hicieron que los obreros que se veían perseguidos, como aún no existía la ley de Asociaciones, convirtieran algunas de ellas en secretas. Las violencias, no de estas Asociaciones, sino de algunos más exaltados que se reunían independientemente de los demás, comenzaron con el asesinato de el Blanco de Bonaocaz. Después, cuando se ejecutaron aquellas siete penas de muerte, fué cuando hubo verdaderas Sociedades secretas. Entonces comencé mi campaña contra «La Mano Negra», siendo muy combatido por los anarquistas y socialistas, especialmente por Urales, que me atacaba de un modo mucho más molesto que Pablo Iglesias y Morato. Lo que más dificultó mi labor fué el caciquismo; los grandes caciques, que por aquellos procedimientos del terror, tenían dominados a los infelices, ponían trabas a mi campaña; en los pueblos en que no entraba con la guardia civil es porque salía con ella.

—Volvamos, si usted quiere, a continuar la historia de su vida.

—A los veintidós años dejé la labor del campo y con veinticinco pesetas que tenía ahorradas me fui a Gibraltar para traficar con tabaco.

—¿Se hizo usted contrabandista?

—Sí, señor. Y no me fué mal el negocio, puesto que, después de mantener a mi madre y vivir yo, aún pude ahorrar unas tres mil pesetas, con las que me dediqué a la venta ambulante de paños. Mi mayor éxito fué con motivo de la huelga de arrumbadores y toneleros de Jerez, en cuya población vivía yo desde algún tiempo. Los patronos fueron a Huelva y contrataron obreros de allí que conocían el oficio. Si llegaban a Jerez aquellos obreros, la huelga estaba perdida. Yo fui comisionado a Huelva y los obreros no llegaron para sustituir a los huelguistas.

—¿Comenzaron entonces para usted las amarguras?

—Ni sí, ni no. Los elogios de los arrumbadores y toneleros produjéronme algunas envidias y campañas en contra mía. Pero como yo era ya periodista hacía algún tiempo, desde que dejé la venta ambulante de paños, y tenía un periódico desde el cual me había defendido de los ataques de Urales en su *Revista Blanca*, también me defendí de los envidiosos. En fin, otra de las cosas que me dieron popularidad y gran número de amigos, fué el Congreso de Villa Martín, en el que se hicieron las organizaciones obreras, libertándolas de la influencia del anarquismo. Asistieron a ese Congreso ochenta u ochenta y cinco Sociedades.

—¿Le conoció y estimó D. Joaquín Costa?

—Sí, señor. Cristóbal de Castro que estaba entonces en la redacción de *El Evangelio*, me escribió un día diciéndome que Costa deseaba ponerse al habla conmigo. Así se hizo, mereciendo grandes elogios del maestro un artículo que yo publiqué en *Agricultura Bética*, acerca del trabajo en el campo.

—¿En qué ha trabajado usted después?

—Con comisiones y representaciones y lo que me producía mi periódico, he mantenido a mi mujer y cuatro hijos. Pero el año anterior, muerto ya el periódico, tuve que buscar trabajo, y por recomendación de Lerroux a Romanones y de éste a la Junta de Obras del Puerto de Ceuta, fui nombrado listero con cien pesetas mensuales de sueldo. Para terminar, le diré a

usted que he sido concejal reelegido y que me he presentado cuatro veces candidato a la Diputación a Cortes, siendo ésta la primera vez que no me despojan del acta.

—¿Cuál es su significación política?

—Siempre he sido republicano y socialista, porque estimo que sólo en esas maneras de gobierno puede hallar España su mejoramiento material y cultural. Amigo de Lerroux, soy un convencido de su política, y si dejara de ser amigo personal de él, seguiría siendo republicano-radical-socialista, que esta, en realidad, es la verdadera definición de mi pensamiento político.

Y aunque algo más, de tanto interés como lo expuesto, nos dijo el Sr. Moreno Mendoza, la falta de espacio nos obliga a dar por terminada esta información.

Miguel España

COSAS DE LA SEMANA

¡Treinta y cinco atropellos de automóvil!...

¡Cuarenta y tantos banquetes de honor!...

¡He aquí la «cifra de mortalidad» correspondiente a la pasada semana!...

Por lo visto no hay escape.

El ciudadano que no sucumbe bajo la rueda automática del *auto*, parece ante la rueda de merluza «a la vinagreta».

**

Con motivo de discutirse el acta de Vich, el Sr. Beltrán y Musitu interpelló al Gobierno sobre política electoral.

El momento ha estado muy bien elegido.

Si no se habla del *embuchado* al tratarse de Vich, ¿cuándo?...

**

¿Han visto ustedes la cara del Raisuli?...

Y ¿qué les parece a ustedes?...

A mí, y que me perdone nuestro nuevo y flamante amigo, me ha parecido la de uno de esos señores que *solicitan*, por esos caminos, «la bolsa o la vida».

Y eso mismo ha debido parecerle a nuestro Gobierno, que le ha dado la *bolsa* por no seguir dándole la *vida*.

La vida de nuestros soldados.

**

Por supuesto que la guerra marroquí no terminará con estos tratos.

Pero por lo menos, y mientras le dure la *guita* al moro, habrá un descanso.

Tres o cuatro meses de «parada y Fondak».

**

Los diputados regionalistas catalanes esperan sacarle a es e Gobierno dos cosas. La autonomía administrativa de Cataluña y el empleo del idioma catalán en los actos oficiales.

Y están muy contentos y confiados.

Porque, por lo menos, esperan sacarle la lengua a Romanones.

**

Y a propósito de idioma.

¿Han leído ustedes las mociones en que los concejales madrileños piden honores para Benavente?...

Lo menos que se debe hacer cuando se trata de honrar a un escritor, es escribir bien.

Pero, sí, sí. ¡Vaya una literatura municipal la de los tales documentos!

¡Aquello si que es «La prosa alegre y confiada»!...

**

Los electores del distrito de Las Borjas han venido a entregar al Congreso el acta del señor Maciá, y, de paso, a hacerse un película cinematográfica.

D. Melquiades está que bufa de envidia.

¡Lo que a él le hubiese gustado impresionar otra cinta, marchando al frente de sus electores!

¡Y lo bien que hubiese salido con su corbata de lazo y su bigote característico!...

¡Charlot, clavado!

**

En la Exposición Villegas.

Dos pintores maldicientes dialogan ante los lienzos del «Decálogo».

—Aquí falta un *mandamiento*—dice uno de ellos.

—¿Cuál?—contesta el otro.

—El *mandamiento*... judicial de desahucio, ordenando desalojar el salón.

Luis de Tapia

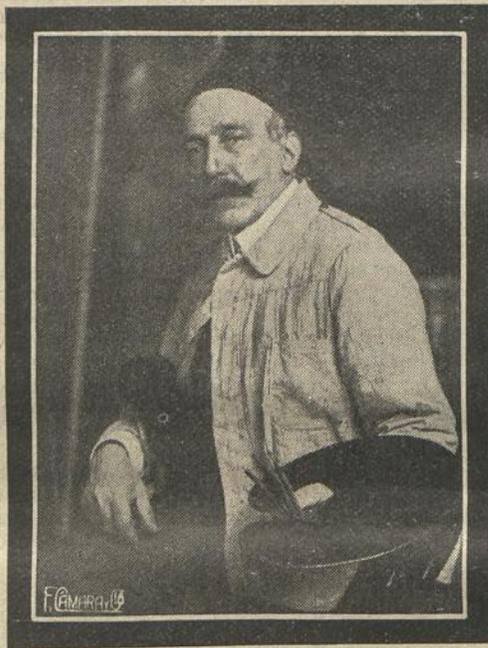
¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Un artículo póstumo de Saint-Aubin

¿Que cuándo gané mi primera peseta? Es una pregunta de cosas acaecidas en días que ¡ay! se pierden en la noche de los tiempos.

Mi primera peseta, *mía*, vamos al decir, estaba unida a las otras cuatro de un duro en oro que me encontré al hacer prodigios de volteo sobre la barandilla del llorado Salón del Prado.

Los buenos seis u ocho años, que por entonces contaría, me aconsejaron invertir gran parte



D. Alejandro Saint-Aubin, ilustre periodista y pintor, fallecido el miércoles en Madrid.

de ese capital, para mí fabuloso, en cacahuets, torraos, castañas pilongas, queso manchego, y el resto, naturalmente, fué necesario invertirlo en abominable aceite de ricino.

Veamos ahora el primer negocio.

Ya era yo persona mayor entonces, tal vez había visto la nieve de caforce o quince abriles.

Al decir la nieve me refiero a la que aún conservan los picarochos de la Sierra en los días de la primavera, pues probado no está que nieva en todos los meses de abril.

Existía en la calle de Barquillo el local titulado Circo de Paul, donde más tarde se abrió la palestra para competencia de *cante jondo* entre el prestigioso señor Silverio y el rapazuelo llamado «El Canario».

Se celebraban entonces en dicho local unos estrepitosos bailes públicos, por los que habíase popularizado la cantata de

*No me lleves a Pol
que me verá mamá
llévame a Capellanes
que estoy segura que allí no va*

Un importante personaje, como que era nada menos que bastonero del baile, a pesar de su respetable diferencia en la edad, fraternizaba con el grupo que formábamos varios amigos, todos veteranos de unos tres lustros.

—¿Queréis que intentemos un negocio—preguntó cierta noche en que estábamos reponiendo fuerzas durante un descanso entre dos tandas formidables.

—¿Qué negocio?—preguntamos.

—Arrendar el guardarropa para el baile de sábado.

—¿Cuánto hemos de dar cada uno?!

—¿Somos? Tres... cinco... ocho... tantos. A dos duros.

¡Dos duros! En aquellos días para cualquiera de los mocitos de la reunión, la suma era costosa; pero el caso es que en el día señalado no faltó ninguno con los dos duros correspondientes; se cerró el trato e hicimos la empresa arrendataria para una sola noche, que fué verdaderamente esplendorosa en el negocio. Al liquidar repartimos a setenta reales, es decir, treinta de beneficio, que ya no recuerdo cómo los puse inmediatamente en circulación; pero de seguro no se invirtieron en queso manchego ni cacahuets.

Así gané mi primera peseta, que vino con seis cincuenta más a premiar la audacia de una gran aventura industrial.

Y ahora, querido Gómez Hidalgo, vaya un consejo.

Bien está que pregunte usted a todos el misterio de la primera peseta ganada; pero no se lance a descubrir el de la última gastada si no quiere oír horrores respecto de la rapacidad del Fisco, del precio de las subsistencias, del sinnúmero de salteadores que acosan al que asoma el canto de un duro, de la ruinosa volubilidad de las modas, de varias cosas más y de la fortuna que cuesta, a los que van, un billete para las corridas de toros.

A. Saint-Aubin

LOS PATRIARCAS ESPAÑOLES

Ante el «Decálogo» de Villegas

Imaginábamos que el maestro de «La Dogaresa» era ya, voluntariamente, un glorioso jubilado. Atento a la Dirección del Museo de Prado, con su distinción grave y correcta de se villano rubio, lo veíamos, muy de tarde, en alguna solemnidad artística, y, frecuentemente, en nuestras visitas al Museo.

Recordábamos que, hace ocho o nueve años en su estudio del Pasaje de la Alhambra, nos enseñó algunos retratos de mujeres—el de una señorita, en la playa de Biarritz; el de la bailarina Pastora Imperio—; y ya, cuando nos despedíamos, con la melancolía del viajero que muestra, muy lejano, la tierra de promisión, nos indicó dos grandes lienzos abocetados, cuyas figuras migu-langescas, excitara profundamente nuestra curiosidad.

—Son apuntes para un «Decálogo» que me tienta como un ideal y me desespera como lo imposible. Probablemente no lo acabaré nunca...

Y he aquí que estamos viendo la obra acabada, con su Prólogo, ungido de gracia bíblica como un versículo del «Génesis»; con su Epílogo, alado y suave, como una Epifanía o como una oración.

Doce lienzos de tal intensidad emocional y de tan rara maestría en la ejecución, que son como un Zodiaco artístico y filosófico. Doce lienzos en que la gloria de Villegas surge, triunfante y veterana, con la robustez grave de una matrona y las espléndidas fatigas de un otoño...

Esta profunda sensación de plenitud en el trabajo y en la gloria parece tremolar sobre los maestros españoles como una bandera; la bandera que nuestra juventud triunfante debiera enaltecer y amar. ¿No estamos ante un raro nacimiento de cabezas blancas, de patriarcas españoles? Cuando Galdós, en esta mi ma temporada, estrena obras como *Sor Simona* y escribe artículos como las «Memorias de un desmemoriado», en *La Esfera*, muy superiores a cuanto escribió jamás; cuando vemos que la condesa de Pardo Bazán, tras de escribir profusamente cuentos y crónicas de una amenidad insuperable, extiende aún su pasmosa actividad intelectual al Consejo de Instrucción pública, a la Universidad y al Ateneo; cuando el «home» tranquilo y grave de Palacio Valdés se altera con las emociones de una aventura periodística ¡a los sesenta y tantos años!, y cuando a los sesenta y

PROFESORES Y ALUMNOS

LOS INSTITUTOS ¿QUÉ SON?

La «ditatorial» benevolencia de LA SEMANA obligame a que sea yo quien inaugure esta interesante sección en la que por todos—alumnos y profesores—han de tratarse de un modo actual los problemas de la enseñanza, el problema de nuestra cultura, sin disputa el primordial problema de España.

Y hemos de hacer estos artículos si no burlando, al menos sin pedantería criticista, accesibles a todas las gentes, sin cobardes eufemismos, con llaneza, ya que de antaño sabemos «que toda afectación es mala».

¿Qué son los Institutos? Hoy, absolutamente nada; una ficción y una rémora, debiendo ser la Universidad para el pueblo y el nervio cultural de la clase media.

¿Causas de lo negativo de su acción? Muchas y muy complejas; desde la ley arcaica que los rige, hasta el procedimiento de ingreso en el profesorado, todo es de una vetustez inconcebible; la íntima situación y el espíritu de los claustros, el plan de enseñanza, el sinnúmero de ministros de Instrucción que nos han desgobernado, el abandono del Poder público, la incompetencia oficial, muy notoria a veces, todo esto y mucho más.

Pero lo principal es que, habiendo Institutos, no hay Institutos; que el soberano Estado español tiene más abandonado que ningún otro, este rector de su función docente, y vive además en un descarado y arcaico centralismo, poseyendo como única norma un sentido geométrico de la administración; veamos cómo.

CUARENTA MIL ALUMNOS, según la más reciente estadística oficial, se matriculan todos los años en nuestros sesenta Institutos, de ellos DOCE MIL son alumnos oficiales; los VEINTIOCHO MIL RESTANTES buscan en los colegios privados una instrucción que el Estado omnipotente no quiso darles, y la buscan produciendo obligadamente el pobre tipo, casi siempre paupérrimo del «Licenciado que da Lecciones», y que en la ingrata labor de esta enseñanza deja lo mejor de su vida en provecho de un empresario, a su vez súbdito, de quien es el árbitro de su «establecimiento», establecimiento con más honores industriales que didácticos casi siempre.

Y estos establecimientos no son en su mayoría de legos, por no decir láicos, para que el concepto no escandalice a los timoratos, sino que son colegios de carácter confesional, patrimonio de las derechas, que poseen más Institutos que el Estado español, por lo menos doble número de ellos.

El Estado contribuye a ese progreso de un modo directo y se declara incompetente; veámoslo con cifras.

Soria, con sus ciento sesenta alumnos por año; Segovia, con ciento ochenta, y Avila, Huesca, Cuenca y otros Institutos con un número de alumnos que no llega a doscientos, tienen igual plantilla de profesorado, que el Instituto del Cardenal Cisneros, que pasa de tres mil alumnos, y que los de San Isidro, Barcelona y Valencia, que tienen un promedio de dos mil matriculados.

En estas ciudades, que es donde más se nota el abandono del Estado, se multiplica prodigiosamente la enseñanza extra-oficial, que es hoy por hoy un gran peligro para un estado liberal, por estar en su mayoría en manos de Ordenes religiosas.

De los tres mil alumnos del Instituto de Cisneros, dos mil quinientos pertenecen a la enseñanza colegiada o libre; y en la proporción de un alumno oficial, por cada tres libres o colegiados, está la matrícula de los Institutos de San Isidro, Valencia y Barcelona, tendiendo a igualarse la matrícula oficial y la libre y aun a reducirse ésta en los otros Institutos, a medida que es menor el contingente de población.

En las grandes aglomeraciones urbanas no ha pasado nada para nuestro Estado que las reglamenta para la segunda enseñanza, con disposiciones que tienen más de medio siglo de existencia.

Así la observación de las estadísticas nos proporciona datos muy interesantes; los Institutos de Madrid dan, según esa monótona y ridícula sección titulada «Frutos de la Enseñanza», las siguientes cifras que no puede ser más elocuente.

Sobresalientes por cada cien alumnos, el 28 y el 30 por 100; y el 3° escaso y el 3 y 1½ por 100 de suspensos; pero ha habido vez, y esto sin duda es un alegato en favor de la alteza de nuestra primera enseñanza, que de quinientos veintiséis muchachos que solicitaron ingreso en un Instituto fueron aprobados los quinientos veintiséis; en otro de setecientos cincuenta aspirantes a ingreso solamente ocho fueron reprobados o no se presentaron.

¿Son estos datos de una directa censura para alguien? ¿Por qué son tan sabios los alumnos o tan benévolos los catedráticos? Evidentemente la causa principal y creo que única, es que no hay medio humano de atender a tan considerable número de alumnos; se llega a la saturación, se impone el cansancio y el examinado aprueba, por la fatiga física y mental del examinador.

El hombre por muy fuerte o muy joven que sea—y hay muchos catedráticos demasiado viejos—el hombre que ha tenido que asistir a centenares de exámenes en un mes, padeciendo su forzada monotonía, está deseando quitarse de delante el infantil desfile de aquellos niños que le han contado miles de veces los límites de España o le han declinado veces infinitas el *musa musa*.

De estos exámenes cinematográficos podría formarse un jocoso repertorio.

Cuarenta mil alumnos, dijimos al principio, frecuentan los Institutos; más serían y debían de ser, aunque educados de otro modo, si el Estado cumpliera su deber de proporcionar gratis al pueblo, para quien generalmente están cerradas las puertas de la segunda enseñanza, una educación verdaderamente útil, integral, de pleno civismo, de preparación para la vida; si fuesen las verdaderas Universidades populares, la eterna afirmación de las izquierdas, del DEBER DEL ESTADO y del monopolio de la enseñanza, no tiene vigor más que en la letra muerta de los reglamentos.

Alrededor de los Institutos giran una porción de problemas importantes, pero todo permanece en el sempiterno estado constituyente; nada se hace, y lo que se hace generalmente es negativo; mientras tanto, periódicamente en junio y septiembre, desfila ese gran número de alumnos, para practicar cerca de ciento cincuenta mil exámenes y para obtener anualmente un promedio de TRES MIL QUINIENTOS BACHILLERES, que allá van por esos mundos de Dios, con un título casi absolutamente inútil, a aumentar con su peso muerto el proletariado de la clase media.

Tan miserables son los cuidados que esos tres mil quinientos inútiles bachilleres, cerca de mil se quedan anualmente sin poder sacar el título—este asunto de los títulos es otro interesante problema y lo que lo obtienen, lo que llevan generalmente, por lo absurdo del plan y lo antipedagógico de la orientación, un certificado de incompetencia para la vida.

Tal como están hoy los Institutos son una negación, y no quiero hablar de lo que pienso de las Normales, Comercio e Industrias, porque de ellas no me han pedido opinión.

Y todavía al Congreso español no ha llevado nadie valientemente este problema de la segunda enseñanza; ninguno de los diputados catedráticos lo hizo, ni ha merecido la consideración eficaz de los senadores universitarios.

Mientras pasa el tiempo, fabricamos anualmente TRES MIL QUINIENTOS BACHILLERES que en su inmensa mayoría irán luego en busca del empleo, siempre difícil; y mientras la tierra solicita y fecunda, cuando tiene brazos que la cultiven, no tiene capacidades directivas, y en vez de una vida libre y de hombre, de esta legión de bachilleres, saldrán los hombres del balduque, los resignados, los humildes, los empleados de 1.500, los del contingente horrible, de las «oposiciones rápidas», los que hipotecarán su vida ante el sacrosanto expediente, padecerán bajo un reglamento y bajo un jefe, casi siempre de una mentalidad de criterio, y mientras la vida canta en la calle y el mundo se abre a los fuertes, ellos, resignados o airados, con rabia impotente, firmarán en el libro de entrada, o repetirán rutinariamente ante la áspera cuartilla del papel de oficio: «Tengo el honor de comunicar a V. S...»

Con la actual educación y con la falta de otra viril y moderna, que debían dar los Institutos, estamos llagando perdurablemente la clase media; suprimamos los Institutos si no tenemos el valor de reformarlos.

Como están ahora, son una inutilidad y una

desgracia; la última lección que yo di en el jardín del mio, «aula» que motivó la extrañeza de los rutinarios, versó sobre el siguiente tema: «de cómo es más útil al cuerpo y al alma un baño de sol que una lección de Historia»; y ante la extrañeza de la grey infantil y la inquietud reflejada en sus ojos, yo creo que cumplí mejor con mi deber que si les hubiera hablado de Ataulfo, Sigérico, Wamba, Teodoro...»

Antonio Jaén

PEQUEÑECES

Suceso periodístico.—Infraganti.

Al estreno de *La ciudad alegre* dedicó *El Liberal* columna y media y el *Heraldo* más de plana y media.

Pues a la noche siguiente salió el diario maurista *La Acción* publicando el siguiente suelto:

«Y... algo más sobre la obra de D. Jacinto: desde ayer no «vemos» ni «oído» otra cosa.

Un compañero del crítico teatral de un diario del «trust» lleva el siguiente recadito:

—Ha dicho el director que la crítica no ocupe más de un cuarto de columna.

¡Catastrófico!

Catastrófico, no. ¡Infraganti!

Lo más admirable de la personalidad humana.

No, señor. No es un párrafo de Bergson. Es una humilde gacetilla del *Heraldo* que, desde la separación de *El Imparcial*, rivaliza con *El Liberal* en sus fetichismos por D. Melquiades Alvarez y su oratoria.

—«¿Qué duda existe de que la palabra es lo más admirable de la personalidad humana?»—dice rotundamente nuestro colega, descartando de un golpe la personalidad de los sordo-mudos, y arrinconando de otro golpe a Cervantes, a Shakespeare, a Velázquez, a Napoleón y a Mozart, que, sin ser oradores, están muy por encima de todos los oradores.

En esta admiración frenética por la oratoria, los diarios del «trust» se embriagan diariamente, desde «el fondo» a las gacetillas. Lo malo es que a veces se contradicen que es un primor, no ya en diversos artículos, sino en el mismo vulgar suelto. Así, este mismo suelto del *Heraldo*, donde se afirma, aludiendo a Melquiades Alvarez, que «la palabra, en nuestro régimen y hasta en nuestra raza meridional, ejercerá siempre una dictadura», dice, con referencia a todos los que hablaron antes de D. Melquiades:

«Y he aquí lo que puede la elocuencia, cuando precisamente en estos días la tartamudez intelectual servida por vulgar y torpe léxico, ha reverdecido sus iras contra los oradores.»

Conste que en estos días el orador que más habló fué el reformista Sr. Pedregal, que diariamente intervino en los debates.

Y conste, sobre el poder de la elocuencia, que el Congreso acordó. ¡Lo contrario precisamente de lo que D. Melquiades pidió en su discurso!

—«El verbo cálido, ardoroso, sugestionador» y tantas cosas más de las que dice el *Heraldo*, abogó porque se anulara el acta de Santander. El Congreso acordó que no se anulase. Y «lo más admirable de la personalidad humana», esto es, el verbo del Sr. Alvarez no sugestionó al auditorio, aunque por el calor que hacía fuese, efectivamente, «ardoroso y cálido», el verbo.

Benavente o el acabóse.

«Nadie, en literatura alguna, ha sabido como Benavente encadenar, etc.» ¿Qué les parece a ustedes el parrafito? Pues de éste y como éste se han escrito, y lo que es peor, se han publicado, y lo que es peor aún, se han leído sin protesta, párrafos y aun artículos enteros en dos o tres periódicos encargados, no de alabar a Benavente, sino de ponerle en ridículo con afirmaciones tan absolutas como pueriles.

¿Qué es PEÑAGALLO?

LOS HOMBRES DE SUS LIBROS
PREVIAMENTE

Para el lector consciente, apasionado por la lectura, la curiosidad es un tormento insaciable.

Vencida, dominada la primera curiosidad, surge otra curiosidad más viva, más inquietante.

¿Cómo será el autor de la obra? ¿Responderá el hombre al libro? La palpación de vida, el ritmo claro y fácil de las palabras, la tesis ideológica del asunto, ¿son frutos de una gran sinceridad, o, por el contrario, de una enérgica auto-imposición de impersonalismo? ¿Es el autor un objetivista espectador de la vida o ha buceado en lo más profundo, se ha visto sangrar el corazón antes de desnudar su espíritu con sereno y altivo impudor subjetivo?

No siempre puede el lector satisfacer por entero su curiosidad. Acude a otros libros del mismo autor como a unos amigos íntimos e indiscretos. Acecha en la disposición de la obra, en la sintaxis del estilo, en las semejanzas psicológicas o descriptivas, en las preferencias por determinados personajes, cuales son el temperamento, las ideas, incluso, los rasgos personales del escritor. Conforme le apasionen más sus libros, le acucia con mayor impaciencia el deseo de conocer al ciudadano.

Ahora bien. Esta curiosidad suele influir posteriormente de un modo peligroso para la independencia de criterio y claridad de juicio. Satisfecho el deseo de conocer *cómo es* un escritor, nos expone a no saber ya *cómo son* sus obras. La simpatía o antipatía personales pueden disfrazar defectos y ocultar bellezas que, de otro modo, libre el lector de prejuicios, aparecerían en toda su realidad.

Además, ¿podemos deducir que una obra sea buena o mala según sea o no sea sincera? No. Un hombre vulgar puede contarnos con toda sinceridad episodios vulgares de su existencia, y resultará la obra un libro mediocre; un espíritu exquisito puede inventar, crear cerebralmente episodios y figuras presentidas, y, sin embargo, darnos ese libro cálida sensación de humanidad y de belleza.

Se desprende de aquí que el hombre no debía interesar nunca. El escritor lo es todo. Para éste la luz de incendio, de aureola o de plácido crepúsculo; para aquél, la sombra absoluta. Pero no es así. La sed contemporánea no se apaga con lo que nos dan, sino que necesitamos buscar y coger por nosotros mismos el agua que imaginamos habrá de apagarla. Lo que caracteriza nuestro siglo es la impaciencia de saber. La civilización tiene caprichos de retorno. Siendo capaces de las conquistas de la razón y del sentimiento somos en el fondo unos chiquillos que empiezan a jugar con un juguete, y en seguida lo rompen para ver lo que tiene dentro.

Deber nuestro es satisfacer esa curiosidad ajena: Poco a poco, a medida que los actuales escritores españoles vayan publicando libros, procuraremos reflejar la impresión de lectura y la impresión del hombre.

Serán esbozos rápidos, apuntes simplificados, como esas rayas primarias que ennegrecen los álbumes de los pintores y que al cabo de algún tiempo sirven para componer un cuadro o evocar simplemente un lejano motivo emocional.

J. F.

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRIA, donde se imprime esta Revista, se imprimen también "La Monarquía", "La Juventud" y "El Fomento Industrial y Mercantil". Se hacen catálogos ilustrados de alta fantasía y toda clase de trabajos gráficos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRIA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2

Teléfono 3.612

Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional

Para inaugurar la serie de Concursos y Consultas que LA SEMANA tiene en proyecto, hemos creído que excitará la curiosidad del público—y aún realizará una elevada misión patriótica, en estos momentos en que como consecuencia de la grave cuestión internacional, más difícil para España cada día, bien pudiera ser sustituido muy en breve el actual Gobierno liberal por otro integrado por las más prestigiosas personalidades del país—el convocar a un plebiscito para la formación de un Gabinete Nacional.

A tal fin, proponemos a cada uno de nuestros lectores que nos diga con toda sinceridad qué personalidades elegiría si estuviera en su mano la designación de un Gobierno.

Aleccionados por el ejemplo y la experiencia de concursos muy semejantes convocados por A B C en otro tiempo, esperamos que el público responderá a nuestro llamamiento, y creemos que el resultado del plebiscito no podrá menos de ser significativo e interesante.

BASES PARA EL PLEBISCITO

1.ª LA SEMANA ruega a sus lectores que emitan su voto para la formación de un Ministerio Nacional escribiendo en el talón que va al final los nombres de aquellas personalidades que, a juicio de cada votante, podrían, con mayor provecho para España, encargarse de la gobernación del reino.

2.ª Los talones deberán llevar al pie la firma del lector que se presente al concurso y las señas de su residencia y domicilio. Sin este requisito serán inutilizados.

3.ª Estos talones acompañarán a varios números de LA SEMANA y serán nulos todos los sufragios que no vengan extendidos en estos talones, para lo cual deberá el votante cortar el talón, llevarle con los nombres de sus candidatos, firmarle y remitirle *en sobre abierto como impreso*, franqueándole con un cuarto de céntimo, al señor Director de LA SEMANA, Carrera de San Jerónimo, número 10, Madrid. Los lectores de Madrid podrán también depositar su respuesta, depositada en sobre cerrado, en la portería de nuestras oficinas.

4.ª Las personas cuyos nombres figuren en la candidatura deberán ser españoles y vivir en la actuali lad. Serán inutilizados los talones en que figuren nombres de personas en cuya designación haya manifiesto propósito de broma o mortificación.

5.ª El plazo para admitir talones a la votación se cerrará el día 20 de Junio del corriente año, a las doce de la noche.

6.ª En el caso de que antes de esta fecha las complicaciones internacionales exigiesen la formación de un Gobierno con el carácter de Nacional, en el acto de su constitución se considerará cerrado el plebiscito, se examinarán las respuestas recibidas ante notario y se adjudicará el premio ofrecido al votante o votantes que coincidan con la designación de personas que se haya hecho, o al que más se aproxime a ella si ninguno acertase totalmente.

7.ª LA SEMANA otorga un premio consistente en **una elegante cartera de piel de Rusia con 250 pesetas en billetes del Banco de España** al votante que haya firmado una candidatura cuyos nombres coincidan con los que resulten del escrutinio y formen la candidatura triunfante.

El recuento de votos y el escrutinio se verificarán en las Oficinas de LA SEMANA ante un notario del Colegio de Madrid y testigos competentes para ello, y una vez proclamada y publicada la candidatura triunfante se procederá a buscar la que haya o las que hayan coincidido con ella. Si son varias, el premio se sorteará entre ellas inmediatamente; y si no hay ninguna que coincida, se otorgará la *cartera con doscientas cincuenta pesetas* al firmante de la candidatura que más se aproxime a la triunfante.

Inútil es decir a nuestros lectores que para nada han de tener en cuenta la significación política de los personajes a quienes designen, puesto que se trata de elegir, no un Gabinete político, sino propiamente un Gobierno Nacional.

Córtese el talón por esta línea de puntos. Se recomienda la claridad en la letra.

PLEBISCITO DE LA SEMANA
CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL

Presidente del Consejo de Ministros

Ministro de Estado

Ministro de Gracia y Justicia

Ministro de Hacienda

Ministro de la Gobernación

Ministro de la Guerra

Ministro de Marina

Ministro de Instrucción Pública

Ministro de Fomento

FIRMA DEL LECTOR,

que vive en provincia de

calle núm. cuarto

En el próximo número publicaremos originales de

J. ORTEGA MUNILLA
ROBERTO CASTROVIDO
EDUARDO ZAMACOIS
LUIS ARAQUISTAIN
EMILIO CARRERE
JUAN PUJOL (ARGOS)
y otros

LA SEMANA

REVISTA POPULAR 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

LAS BAILARINAS RUSAS QUE ACTUAN EN EL TEATRO REAL



Lydia Lapokova.



Sophie Pflanz.



Lubow Tschernichewa.



Lydia Sokolova.

LOS SORDOS OYEN A CARUSO



Helen Keller, la más famosa ciega y sorda del mundo, palpando la boca y el cuello de Caruso, le "oye" cantar y exclama: — "¡Maravilloso!"

UNA TRADUCCIÓN



D. Fernando Weyler, ex subsecretario

UNA CONFERENCIA



El ilustre catedrático y escritor don Vicente Gay, que ha dado una nota

BODA DE UN MINISTRO MEJICANO



El valiente general Alvaro Obregón, actual ministro de la Guerra en Méjico, que acaba de contraer matrimonio con una distinguida señorita de aquel país, siendo apadrinados por el presidente, general Carranza.

SERVICIO POLICIACO



El inspector Sr. Maqueda y los agentes Sres. Callejón, Arroyo y García Calvo, que acaban de realizar un excelente servicio